

El desierto de Atacama

a Luis Emilio Soto

Esta es la pampa sin orillas,
tumba del mundo y de la primavera
convertida en granito.

Piedra y arena, soledad y cielo,
ámbito de la angustia y el delirio;
mundo petrificado, donde el tiempo
se acumula en su parva de sí mismo.

¡Ni un pájaro siquiera!
¡Ni siquiera un espino,
ni un lagarto que deje su tatuaje de vida
sobre la arena de los siglos!

Se oyen voces de fiebre
en el silencio enloquecido:
-¡Quiero el oro y el cobre...!
-¡Quiero el caliche mágico conmigo...!

Y los mares geológicos se extienden
por los cuatro horizontes derretidos;
la aurora inútilmente volará sobre ellos:
se plegará la noche sin que florezca un trino.

Y alguna veces un distante lago
aparece a la luz del espejismo;
pero la arena cubrirá sus aguas
antes de que lo alcance el peregrino.

Sólo la muerte sus dos alas abre,
negras, sobre los cielos amarillos,
y a la vista del cóndor que nos sigue
desde el fondo del miedo nace el grito.

¡Y no quiero las minas, quiero un árbol,
quiero un arroyo simple y cristalino!
¡Quiero volver a mi encendido valle,
donde canta una acequia y tengo un grillo...!